

A PROPÓSITO DE *LA VÍSPERA ENCENDIDA*

BEATRIZ GONZÁLEZ ODDONE DE BOSIO
Universidad Católica de Asunción



Algunas gestas militares trascienden el mero fragor de las batallas y se convierten en hitos culturales que vienen luego a reflejar y describir la identidad nacional. Curupapyty fue la venganza por la masacre de Tuyutí en 1865; Boquerón fue el soldado guaraní volviendo a experimentar una costosa victoria luego de un descomunal esfuerzo, pero la batalla de Yrendagüé librada entre el 5 y 8 de diciembre de 1934 combinó elementos mágicos y esotéricos, con una sobrehumana energía, en un medio hostil con arena, espinas, calor y ausencia de agua, para culminar con la inesperada victoria en la madrugada del día de la Virgen de Caacupé. Para completar el marco mítico de la hazaña, el victorioso comandante se había destacado también en las letras como periodista, y hasta fungiendo de espía inglés en vísperas de la guerra. Estos elementos desafiaron y entusiasmaron al autor de la obra presentada al intentar describirla en *La víspera encendida* (Criterio, 2017).

Juan Manuel Marcos no necesita presentación, pues sabemos que le avala una larga trayectoria de fecunda labor intelectual y de profundo compromiso con la patria. De sólida formación en filosofía y letras en renombradas universidades.

Como todo joven idealista en un ambiente dictatorial sofocante conoció el activismo contestatario más o menos en la época en que se inspiró para esta creación. Tuvo una pasantía por las mazmorras del régimen y conoció el exilio en la sangrienta década del 70 y 80. Fue profesor en el exterior en universidades de prestigio internacional. Regresó a la patria con una clara visión de nuestra realidad nacional a través del devenir de nuestra historia. Rector en la actualidad de la Universidad del Norte (UniNorte), que poco a poco se ha ido forjando como bastión de animación cultural.

La víspera encendida, presentada en 1979, fue íntegramente reescrita según se manifiesta en la última edición. En ella se señala, al mismo tiempo, que se trata de una experimentación del lenguaje literario que explora las fronteras de la poesía y la narración. El protagonista es una emblemática figura de nuestra historia, el Coronel Eugenio Alejandrino Garay, a quien le fue encomendada la misión de recuperar los únicos pozos de agua dulce en un árido desierto cerca de Bolivia. Las fuerzas paraguayas no habían logrado desalojar a los bolivianos en el mes de noviembre, por ello el Gral. Estigarribia se puso en contacto directo con Garay para discernir si el desafío era alcanzable y si él se animaría a comandar la 8va. División de Infantería.

Era el momento que Garay había estado esperando toda su vida, una misión casi imposible, pero de vital importancia, como el mismo hiciera saber a sus hombres: “Nuestro General Comandante en Jefe del Ejército ha ordenado una operación importantísima, cuyo éxito es capaz de producir la terminación de la Guerra”. A mi madre, Beatriz Rodríguez Alcalá, le tocó publicar la biografía más completa de Eugenio Alejandrino Garay. Hoy somos tres Beatrices en estas lides, lo cual fue un aliciente para explorar la exquisita poética narrativa de Marcos. Se nota que mi madre, por los capítulos de la obra, quedó claramente impresionada por la doble condición del

coronel héroe como guerrero y ‘escribidor’. Al describir las peripecias de Yrendagüé, Beatriz Rodríguez Alcalá hace una síntesis elocuente: “Garay no será defraudado por los suyos. Con extraordinaria eficacia, la 8va. División irá abriendo silenciosamente piques por la noche para evitar la observación aérea del enemigo y el agobio del calor. El día 6 se produjeron inconvenientes en el aprovisionamiento de agua, y la columna tuvo que esperar la llegada de los aguadores. La orden había sido marchar sin parar y esto pareció una insubordinación. Pero la espera resultó fortuita y casi enviada por el cielo”, pues, según Efraín Cardozo: “De haber seguido la marcha la columna hubiera tropezado con la 7ª. División Boliviana, hubiera desaparecido el factor sorpresa y nuestras tropas hubieran sido dispersadas en el bosque”. Garay exigió el inmediato envío del agua y la respuesta fue negativa. “No habría provisión de agua”. Por esto la 8va. División Paraguaya quedó librada a su suerte y aquí la batalla pasó a ser leyenda. Se siguió la marcha sigilosa mientras muchos jóvenes soldados caían fulminados por la sed.

El comandante Garay cumplió con la misión de elevar la moral de sus soldados con la famosa frase en guaraní: “No mueran todavía, hijos míos, lleguemos a Yrendagüé para beber agua a nuestro gusto o morir todos juntos en ese lugar”. “Anira é na pe mano che rai kuera ñanguahena la Yrendagüé pe. Ya hú hangua ñande gusto pe osino y ramo ña mano mba oñondivé upepe”. El día 7 de diciembre, en la penosa avanzada, a las 2 de la tarde, el Batallón 40 salió del monte a un cañadón sucio hasta llegar a un camino transitable por donde acababa de pasar la División Boliviana y siempre con la ayuda de la suerte pudieron capturar con sigilo 4 camiones con agua, leche condensada y carne enlatada. Lo que sirvió para posibilitar la continuidad del operativo. Repuestas las fuerzas, siempre marchando en la oscuridad a la una de la madrugada del día 8, se tomó un puesto sanitario y apenas una hora

después se tuvo contacto con las escasas defensas de Yrendagüé en mano de los bolivianos. Y a pesar de los pocos soldados disponibles, el Comandante dispuso el ataque pues ya se hacía necesario el aprovisionamiento de agua. Así se hizo, y los soldados, sacando fuerzas a puro coraje luego de 22 horas de marcha, entraron en el fragor de un combate que duró varias horas hasta que, alrededor de medio día, los bolivianos abandonaron sus fortificaciones, pues estaban temerosos de ser totalmente rodeados, dándose a la fuga. Así, la odisea culminó en total éxito y todos los episodios parecían salidos más bien de la literatura de ficción que de un hecho real.

Los bolivianos, seguros de que nadie podría atravesar el desierto, salieron en busca del enemigo en el sitio convencional pero errado, dejando una escasa guarnición para defender los valiosos pozos. Creyéndose superados por una multitud de soldados, abandonaron las armas y las posiciones inexpugnables dejando el terreno libre a los exhaustos combatientes compatriotas que ya estaban usufructuando sus últimas energías. La primera creencia entre los soldados fue la del milagro de la Virgen de Caacupé. No había otra manera de explicar. Estos 50 kms de desierto a lo largo de tres días con su feliz final selló prácticamente el desenlace de la contienda, pues cortada la provisión de agua a las numerosas tropas bolivianas, ellas tuvieron que replegarse al noroeste, hacia las estribaciones andinas. Muchos murieron de sed en una marcha conocida como de la muerte.

Los paraguayos llegaron a proveer de agua a los moribundos bolivianos donde todavía pudieron hacerlo. El agua en el desierto marcó la diferencia entre la victoria y la derrota. Marcos le da a la hazaña unas características altamente creativas al comparar las peripecias de la marcha hacia el objetivo, y se retrotrae metafóricamente a la sala de redacción, escuela de combate, de valor y abnegación en una época dura de

nuestra historia: “..... en la vigilia repetida de la Redacción. Recuerda sus secretos desafíos (asaltado de voces). Las zancadillas de la gramática. La humildad del diccionario. La paciencia del borrón” p.33. Rara vez se ha descrito, se ha comparado el esfuerzo bélico con la publicación de un periódico, y hay que admitir que es novedosa e impactante. Marcos, conocedor de nuestra historia, aprovecha estas líneas para rendir también un homenaje a otros héroes de otras épocas al decir:

“- ¡Que venga Rivarola (Valois) montado en el relámpago!
¡Y Fariña, (Tte. José María) por el río secreto de la sangre!
Que traiga Talavera (Natalicio) su alfabeto de espinas,
su código perpetuo su aguijón implacable
su poesía o su muerte (que son maneras de
ser o inescrutable fábula).
¡Que vengan a morirse de nuevo los eternos!
¡Que remonten el tiempo lanchones de
Coímbra, el fuego de Humaitá,
Los sablazos de Bado!” (Capitán Matías)

Pero un escritor como Marcos sabe que la guerra no se hace solo con espadas ni fusiles:

“ Que asuman la defensa de nuevo, los
andrajos, los callos, el machete, el yatagán,
el pora, las llagas, el verano, la rabia, la
tifoidea, el alacrán, la sífilis, el beso, los
recuerdos, los magos, los cantores, el arpa,
la Guaranía, Correa, la palabra”. (Julio el dramaturgo)

A través de Marcos se pregunta el Comandante enfrentado a la titánica responsabilidad al depender de él el éxito o la tumba:

“¿Cómo despertar en aquellos hombres,
sin fuerza para la muerte
y el amanecer, una sed nueva?
¡Tenía que levantarse, levantarlos con su palabra!”

La guerra del Chaco afectó a toda la nación. Y la Batalla de Yrendagüé le permitió al Coronel Eugenio A. Garay ingresar al Panteón de los inmarcesibles. Su figura decoraba el desaparecido billete de 10 guaraníes devorado por la inflación, pero quizás la mejor descripción se debe a la poesía y no a la crónica histórica como Hugo Rodríguez Alcalá dijera en un poema:

.....”Y este dios, este anciano de anchos hombros,
de blanca greña y azulados ojos
que ignora la fatiga, las distancias
la sed, el hambre, el sueño, les repite:
¡Un poco más de esfuerzo, compañeros,
para juntos morir en Yrendagüé
o para revivir con la victoria!»
(«El Coronel Garay llega a Yrendagüé»).

Hugo Rodríguez Alcalá

Y hoy Juan Manuel Marcos agrega la creación propia para seguir admirando en la distancia aquella gesta heroica que nos marcara a todos tan profundamente al punto de haberse convertido en la última contienda entre hermanos, a partir de la cual el campo de batalla fue suplantado por la mesa de negociaciones y la hostilidad mutua por la integración fraterna.